

EL DON SUPREMO DE DIOS: SU PROPIO QUERER DIVINO



¿Cómo se recibe el Don
del Querer Divino?

Pablo Martín Sanguiao

EL SUPREMO DON DE DIOS: SU PROPIO QUERER ¿CÓMO SE RECIBE EL DON DE LA DIVINA VOLUNTAD?

“Si tú conocieras el Don de Dios y quién es el que te dice “dame de beber”, tú le pedirías a El y El te daría agua viva”. Así dijo Jesús a la Samaritana y ahora nos dice a cada uno de nosotros. Y poco después dijo a sus discípulos: “Yo tengo una Comida que vosotros no conocéis... Mi Alimento es hacer la Voluntad de Aquel que me envió y dar cumplimiento a su obra” (Jn 4,10 y 32-34).

De ese Don –la Divina Voluntad como vida– el Señor ha dicho a la “Sierva de Dios” Luisa Piccarreta:

“Ya el primer plano de los actos humanos cambiados en divinos en mi Querer fue hecho por Mí. Lo dejé como detenido y la criatura nada supo, excepto mi querida e inseparable Madre, y era necesario. Si el hombre no conocía el camino, la puerta, las estancias de mi Humanidad, ¿cómo podía entrar en ella y copiar lo que Yo hacía? Ahora ha llegado el tiempo de que la criatura entre en este plano y haga también lo suyo en lo Mío. ¿Qué tiene de extraño que te haya llamado a ti la primera? Y además, tan es verdad que te he llamado a tí la primera, que a ninguna otra alma, por más que Me sea querida, le he manifestado el modo de vivir en mi Querer, sus efectos, las maravillas y los bienes que recibe la criatura que actúa en el Querer Supremo. Examina todas las vidas de santos que quieras, o libros de doctrina: en ninguno hallarás los prodigios de mi Querer cuando obra en la criatura e la criatura que obra en el Mío. Todo lo más hallarás la resignación, la unión de voluntades, pero el Querer Divino que obra en ella y ella en el Mío, en ninguno lo encontrarás. Eso significa que no había llegado el tiempo en que mi bondad debía llamar a la criatura a que viva en este estado sublime. Así como el mismo modo como te hago que ores no se ve en ningún otro. Por eso sé atenta: mi justicia quiere exigirlo, mi amor lo suspira ardientemente; por eso mi sabiduría dispone todo para lograrlo. Son los derechos, la gloria de la Creación, lo que queremos de tí».” (Volumen 14º, 06.10.1922).

Por tanto, el Señor no se contenta con que hagamos lo que El quiere, sino que su Voluntad sea para nosotros (por gracia) lo que es para El, que su Voluntad sea nuestra y la nuestra sea suya: ese es el Don supremo de su Amor.

En la vida de Luisa leemos que unce meses después de haber recibido la gracia del “desposorio místico” en la tierra, el Señor quiso ratificarlo en el Cielo, en presencia de la Stma. Trinidad y de toda la Corte Celestial, con una nueva gracia, la más alta conocida anteriormente por los Santos y escritores

místicos: “el matrimonio místico”. Con esa gracia le fue concedido a Luisa la perenne adquisición de las Tres Divinas Personas, representadas por las tres virtudes teologales (Fe, Esperanza y Caridad), que establecieron en ella su perpetua y estable morada. Era el 8 de Septiembre de 1889, fiesta de la Natividad de María. Luisa tenía 24 años y medio y llevaba ya dos años definitivamente en cama. En aquel momento Luisa recibió el don del Divino Querer, el alimento y la vida de Jesús y de María, el don del que se había privado Adán con separarse de la Voluntad de Dios.

En efecto, Ntro. Señor le explica 32 años después: *“Tu familia es la Trinidad. ¿No te acuerdas como, en los primeros años de cama, te llevé al Cielo y ante la Trinidad Sacrosanta hicimos nuestra unión? Y Ella te dotó de dones tales, que tú misma aún no los has conocido; y cuando te hablo de mi **QUERER**, de sus efectos y su valor, te hago describir los dones con que desde entonces fuiste dotada. De mi dote no te hablo, porque lo que es tuyo es mío. Y luego, al cabo de pocos días bajamos del Cielo las Tres Divinas Personas, tomamos posesión de tu corazón e hicimos en él nuestra perpetua morada; tomamos el gobierno de tu inteligencia, de tu corazón y de todo tu ser, y cada cosa que tú hacías era un volcarse de nuestra Voluntad creadora en tí, eran confirmaciones de que tu querer estaba animado por un Querer eterno. El trabajo ya está hecho; no falta más que darlo a conocer, para hacer que no sólo tú, sino también los demás puedan tomar parte en estos grandes bienes. Y es lo que estoy haciendo, llamando una vez a un ministro mío y otra vez a otro, y también a ministros de lugares lejanos...”* (Vol. 13º, 5.12.1921)

Cómo se recibe el don de la Divina Voluntad

Una aclaración necesaria: hablamos de “voluntad” y de “querer”. En cierto sentido son lo mismo, pero son dos cosas distintas. “*Voluntad*” es un sustantivo, indica lo que es; “*querer*” es un verbo, indica lo que hace. Es la misma diferencia que hay entre el corazón y el palpitar del corazón, entre la fuente y el río que nace de ella. En Dios, “la fuente” de todo es su *Voluntad* y “el río” es su *Querer*; pero ese “río” que da vida a todo no es de agua, sino de *Amor*. Así Jesucristo, verdadero Dios y verdadero Hombre, tiene dos voluntades, una Divina (la de la Stma. Trinidad) y otra humana, pero no ha vivido una doble vida, unas veces como Dios y otras sólo como hombre, sino como “el Hombre-Dios” que es, con un único Querer. Y lo que El es por naturaleza lo quiere compartir con nosotros por gracia. Como se unen en una taza el café y el azúcar, aun siendo dos cosas distintas, así nuestra voluntad y la Suya pueden unirse en un solo Querer.

Debemos partir de la verdad y por tanto de la humildad (el lenguaje de Dios es el de la Verdad, con la gran pregunta que nos hace el Señor: “*¿Quién soy Yo y quién eres tú? Mira mi Amor a tí: ¿dónde está tu amor a Mí?*”, y por tanto veamos como se recibe este Dono; debemos por eso conocerlo, quererlo, sacrificar todo nuestro querer humano para recibir el Suyo, hasta incluso no dirigir ni siquiera el Querer Divino con nuestro querer humano: se necesita el vacío de nosotros mismos.

Si queremos que la Voluntad Divina sea en nosotros la fuente de la vida, ante todo debemos **saber suficientemente de qué se trata, qué es lo que queremos, qué cosa es**: por lo tanto ‘saber’; y lo segundo es que debemos **quitar el obstáculo**, que es precisamente nuestro querer humano. Es lo que San Juan Bautista dijo: “*Es necesario que El crezca y yo disminuya*”. Sólo a medida que ‘morimos’ a nuestro querer humano (o sea, que no le damos vida por nuestra cuenta), podemos en cada momento llamar al Querer Divino a que viva y resucite en nosotros. Porque no es posible servir a dos señores, como dijo San Juan Pablo II: “*Será el Amor de Dios llevado hasta el desprecio de sí o será el amor propio llevado hasta el desprecio de Dios*”.

Este don no es una fórmula mágica, una oración que rezar, sino que para recibirlo hace falta saber de qué se trata, quererlo y por tanto quitar el obstáculo del querer humano, o sea, dar vida a nuestra voluntad, hacer lo que queremos cuando esta voluntad nuestra no va de acuerdo con la Voluntad de Dios.

Todo lo que Dios nos da es gratuito: el aire, el sol, la respiración, la vista, la vida etc., pero el don de su Voluntad (por gracia) es lo único que tiene un precio, ¡y el precio es nuestra voluntad!

Si vivimos en gracia de Dios y deseamos este don supremo que Dios desea darnos –y lo desea más que nosotros–, la señal segura de que nos lo dará es que antes hace que nos llegue la noticia. ¡Si vivimos en gracia de Dios, lo deseamos y se lo pedimos, es seguro que nos lo dará!

Sin embargo queda siempre el hecho de que no basta que Dios nos lo dé, hace falta que también nosotros lo recibamos; o sea, no es posible estar al mismo tiempo vivos y muertos, estar en pecado y a la vez unidos a la Voluntad de Dios: son dos cosas incompatibles.

Los defectos, los límites, nuestras miserias no son de por sí obstáculo a Dios para que pueda darnos su Don. Si Dios tuviera que esperar a vernos sin defectos y sin nuestras miserias para darnos su Querer Divino como vida, no nos lo daría jamás.

Otra cosa es el pecado, sobre todo si es grave, pero para pecar hace falta ser suficientemente conscientes y quererlo. No es lo mismo sentir que consentir. ‘Sentir’ no depende de nosotros, ‘querer’ sí. Y el Señor nos dice:

“Hijo mío, tú ya conoces mis mandamientos. Con el respeto a mi Ley, puedes hacer cualquier cosa, pero llámame a que Yo la haga junto contigo. Porque, si la haces tú, ¿cuánto vale? Mientras que hecha por Mí, con tu permiso, vale infinitamente”. Por eso Dios en su Voluntad puede hacer en un instante lo que nosotros no hacemos en toda nuestra vida.

Cuando uno ha comprendido que el Don que el Señor nos ofrece es su Querer, el palpitar de su Corazón para que sea vida y nosotros lo queremos y lo recibimos, entonces no hay acción o instante de vida que no esté vivificado por el Querer mismo de la Stma. Trinidad. En ese pequeño acto humano se hace presente y vivo también el Acto Eterno y Divino. Nosotros, mientras no borremos lo que le hemos dicho (y si cancela con una intención contraria), Dios mantiene lo que le hemos dicho: *“¡Señor, quiero tu Voluntad!”* Mientras nosotros no lo desmintamos, no se cancela, y Dios dice: “Está bien, tú puedes también distrarte. ¡Yo no!” ¡Nosotros podemos distraernos, pero El no se distrae! Desde luego, lo tendremos tal vez sin ejercerlo, sin usarlo, pero entre tanto no es que lo hayamos perdido. Uno lo pierde cuando quiere salir de la Divina Voluntad, cuando hace algo que significa ‘querer dejarla’; mientras no hace eso conserva el don, pero es una verdadera lástima tener un don como ese sin aprovecharlo, es como si no lo tuviera. Y por eso el Señor le repite a Luisa a partir de la mitad del 12º volumen: *“¡Por eso, sé atenta!”*

Acaba así habitualmente cada capítulo, como diciendo: tienes una cosa preciosísima en las manos. *“¡Si supieras lo que significa perder un instante eterno!”*, o sea, ‘perderlo’ en sentido de no hacerlo fructificar.

Por lo tanto, cuando hemos comprendido que este don que el Señor nos ofrece (el palpitar de su Corazón) quiere que sea nuestra vida y también nosotros lo queremos y lo acogemos, entonces no hay acción o instante de vida que no sea vivificado por el Querer mismo de la Stma. Trinidad. En ese pequeño acto humano se hace presente y vivo el Acto Eterno y Divino. Por lo tanto, si uno vive realmente, suficientemente en la Voluntad Divina, este instante, este momento contiene el Acto Eterno de Dios, Acto único, infinito, que contiene todas las cosas y en el cual TODO está presente y vivo.

Hablamos del Acto único de Dios. Nuestra vida, por el contrario, está formada por tantos actos porque somos limitados y no podemos de una sola vez agotar todo.

Las criaturas vivimos también en el misterio del tiempo, que es pasar de la posibilidad de hacer una cosa a realizarla; esa realización tiene lugar en un momento sucesivo y ahí es donde está el misterio del tiempo, mientras que Dios en un único acto agota toda posibilidad. Ese único Acto (que no tiene principio ni fin, que es sin tiempo) contiene todo; es un acto eternamente

presente, sin pasado ni futuro: todo está presente ante Dios. En la gran Realidad objetiva todo está presente ante su mirada.

Para explicar mejor, en lo posible, la relación entre el tiempo y la Eternidad, supongamos que estamos en la puerta de y pasa un desfile o una procesión; miramos el reloj y vemos que cuando pasa la primera persona son las 12 y la última a las 3 de la tarde; la procesión ha durado 3 horas: el tiempo. Pero si subimos a la terraza de la casa o al último piso de un rascacielos, desde que empezamos a ver el primero del cortejo hasta ver el último, pasan sólo 20 minutos: significa que el tiempo se ha reducido. Y si miramos desde un avión vemos la procesión por completo, desde el primero hasta el último, con una sola mirada, sin diferencia de tiempo.

Así es como Dios nos ve, como ve toda la historia de nuestra vida, todo lo creado: con una sola mirada, desde el principio de la Creación hasta el fin del mundo y más allá; ve también toda nuestra eternidad. Nosotros, como criaturas, tendremos siempre que pasar de la posibilidad a la realización, por lo tanto un tiempo sin límites (los siglos de los siglos); mientras que Dios es la Eternidad increada, pura e infinita, donde no hay “antes ni después”, porque todo está presente y no falta nada, no puede faltar nada.

Desde luego, para nosotros, como para todas las cosas que ha creado, Dios queda infinitamente grande, por encima de nuestra capacidad de comprensión y de imaginación, pero cuanto está dicho es hasta donde podemos llegar con nuestra inteligencia.

Dicho lo cual, Dios nos ofrece poder tomar parte en su Acto Único, Infinito, Divino y Eterno, identificando con él cada nuestro pequeño acto de existencia, y por tanto poder unirnos a El y acceder a todo lo que contiene su Acto, su eterno “*FIAT*”, en todo lo que Dios ha hecho desde el principio de la Creación hasta el fin del mundo, en todo lo que Jesús y su Madre Santísima han hecho para nuestra Redención y en toda la obra de la Santificación que el Espíritu Santo realiza en la Iglesia.

El Señor nos da, por tanto, esta posibilidad, como sería tener una ordenadora o computadora con la que podemos conectarnos con la central, donde todo está contenido y está presente. En un instante, a la velocidad de la luz, con el lenguaje propio de las computadoras, conectando la mía con la del Señor, me conecto con todos y todos conmigo. Y no sólo, sino que también me conecto con Adán y Eva antes y después del pecado, y hasta con el último hombre que vendrá al mundo, que aún no existe según el tiempo, pero que en el Acto eterno de Dios ya está presente.

Es un gran misterio para nosotros, tendremos una gran sorpresa, sin duda, cuando en el Cielo descubriremos que somos con Jesús “desde el principio”, como dijo a los Apóstoles en la última Cena: “*Cuando venga el Espíritu*

Santo, El dará testimonio de Mí y también vosotros lo daréis, porque estais conmigo desde el Principio”.

¿Desde el principio de qué cosa? ¿De su vida pública? No sólo, sino desde mucho más atrás, o por mejor decir, desde mucho más arriba: desde aquel principio eterno que es el Acto Unico de Dios, en el que Dios ha decretado la Encarnación del Verbo y la existencia de todos nosotros con Jesús, no como posibles, sino como seres realizados y concretos, porque a Dios le basta quererlo para hacerlo.

Nosotros hemos entrado en el tiempo en el momento histórico en que fuimos concebidos. ¿Quién puede decir cuando ha sido creada nuestra alma inmortal, espiritual? No en el tiempo, sino fuera del tiempo (no existe una preexistencia de almas), sino en un Acto que está por encima del tiempo, en ese Acto único, eterno de Dios, en el Acto y Decreto eterno de la Encarnación, como fue decretada su Madre Stma. y, secundariamente, respecto a Jesús y a María, decretados todos nosotros: cada uno de nosotros con nuestras características, con nuestra cara de niño, de jóven, de adulto, de anciano, con todas las circunstancias de nuestra vida, con nuestro temperamento, con nuestra fisiología y hasta con nuestra física y química. Dios tiene numerados nuestros cabellos y sostiene hasta los átomos de cada uno. *“Hechura suya somos, creados en Cristo Jesús, para hacer las buenas obras que Dios de antemano preparó para que las realizáramos”* (Ef 2,10). ¿Pero nos damos cuenta!? Y eso lo ha establacido eternamente el Amor de Dios.

En el Cielo, nosotros que somos nada, nada por nosotros mismos, veremos a la luz de Dios lo que somos, la maravilla que Dios ha hecho de cada uno de nosotros, qué obra maestra única según el modelo de Sí mismo, a imagen suya, como un espejo en el que verse El mismo, su propia Imagen, que debe reflejar su Rostro, su Rostro de luz, infinitamente bello, santo y majestuoso, siendo nosotros un pequeño espejito en el que el sol se crea a sí mismo... Si el sol se retirase, el espejito se quedaría en tinieblas, sin nada. Un espejo por sí solo no da luz, pero si se deja inundar por ella, en él se reproduce, se encarna el sol. Así es para nosotros: somos espejos, vacíos por nosotros mismos, pero cuando dejamos que Dios nos llene, ¡qué maravilla!

Nosotros somos, por así decir, el marco del cuadro: el cuadro da valor al marco, no es el marco el que hace precioso el cuadro, y así somos también nosotros. Per eso el Señor nos llama a que vivamos, mirandole a El en cada momento. Si comprendemos lo que El nos ofrece, o sea, el Querer Divino para que sea nuestra vida, y nosotros lo queremos y lo recibimos con deseo sincero, quitando el obstáculo que es nuestra voluntad, entonces no hay instante de vida que no sea vivificado por ese Querer mismo de la Stma. Trinidad y por tanto esté presente y vivo en el Acto eterno y divino de Dios.

Y al ser vida, ha de crecer. Por eso el Señor ha dicho: “*Sed perfectos como vuestro Padre Celestial es perfecto*”.

Quien no conoce esta maravilla tal vez diga: “¡Qué exageración!”, o incluso “Jesús ha exagerado”, una cosa impensable e imposible.

No, Dios no dice palabras inútiles. El Señor no ha dicho una palabra de más cuando ha dicho “*Sed perfectos como vuestro Padre Celestial es perfecto*”. El pensaba a esta explicación de su Divino Querer (si no, no lo habría dicho) que crece en nosotros a medida en que lo conocemos; por eso sin leer los Escritos de Luisa eso no es posible. El Señor es el que se lo dice a Luisa: “*Examina todas las vidas de santos que quieras, o libros de doctrina: en ninguno hallarás los prodigios de mi Querer cuando obra en la criatura e la criatura que obra en el Mío*”. (Vol. 14º, 6.10.1922). ¡Así dice! ¡Es un desafío que hace Jesús!

Por lo tanto estas verdades en nosotros han de ser sangre de nuestra sangre, vida de nuestra vida y crecer en nosotros en la medida que queremos, es decir, que lo deseemos en cada cosa y en cada instante.

La base indispensable de todo esto es estar bien convencidos de Quien es El y quienes somos nosotros. El es Aquel que es. Nosotros somos cero absoluto, nada ante Dios, y ante El esa nada sólo puede tener dos cosas: **¡deseo y disponibilidad!**

Disponibilidad, o sea, un abandono total en manos del Señor, para que El pueda hacer todo in nosotros. Por eso Jesús le dice a Luisa, y se lo dice varias veces (‘las cosas repetidas ayudan’): “*Si tú me lo permites, Yo quiero ser en tí a la vez actor y espectador*”.

Vivir en la Divina Voluntad significa hacer que Jesús viva en nosotros su Vida interior, que su Vida sea nuestra vida. Y para que el Querer Divino resulte fácil y gustoso y podamos amarlo siempre más, el Señor enseña en los escritos de Luisa que es necesario conocerlo cada vez más, entrando en el círculo de la Divina Voluntad. ¿De que forma? Con la mente y con el corazón, con la intención y deteniendonos a contemplar sus interminables valores y atributos.

Luisa dice: “*Mi dulce Jesús, quiero decirte que **deseo ardientemente quererte a Tí y a tu Santo Querer**, y si me lo concedes me harás plenamente contenta y feliz*”. Y el Señor le responde: “*Tú, en una palabra, has comprendido todo, pidiendome lo más grande que hay en el Cielo y en la tierra; y en este Santo Querer Yo deseo y quiero aún más conformarte. Y para hacer que mi Querer te resulte más dulce y gustoso, entra en el círculo de mi Voluntad y contempla sus distintas cualidades, deteniendote una vez en la santidad de mi Querer, otra vez en su bondad, o en su humildad, o en su belleza, o en el pacífico descanso que produce mi Querer, y en esas*

paradas que hagas, adquirirás cada vez más nuevos e inauditos conocimientos de mi Santo Querer y quedarás tan conquistada y enamorada, que ya no saldrás de él nunca más. Eso te dará una suma ventaja, que estando tú en mi Voluntad no necesitarás combatir con tus pasiones y estar siempre en alarma con ellas, que mientras parece que mueren, renacen de nuevo más fuertes y vivas; pero sin tener que combatir, sin ruido, dulcemente mueren, porque ante la Santidad de mi Voluntad las pasiones no se atreven a presentarse y pierden ellas solas la vida. Y si el alma siente que se mueven sus pasiones es señal que no vive continuamente dentro de mi Querer; hace sus salidas, sus escapaditas en su propio querer, y por fuerza siente el hedor de la naturaleza corrompida. Mientras que si estás fija en mi Voluntad, te verás libre de todo y tu única ocupación será de amarme y ser amada por Mí”. (Vol. 4º, 23.12.1900)

Detengamonos a saborear, a masticar estas verdades. Aun en la más pequeña frase, si ponemos atención, descubrimos tesoros que no imaginamos.

Así que *“adquirirás cada vez más nuevos e inauditos conocimientos de mi Santo Querer y quedarás tan conquistada y enamorada, que ya no saldrás de él nunca más”*.

Un cierto obispo dijo: *“Parece que los que leen estos escritos enloquecen”*. ¡Sí señor, tiene razón, enloquecen! Esos escritos son como un licor de muchos grados y por eso se puede llegar a emborracharse. Todo consiste en saber leerlos siempre con esa actitud –quién eres tú y Quién soy Yo–; y leerlos, no tanto para aumentar nuestra erudición o para sentirnos maestros, como diciendo: *“Ya he leído todos los libros, los sé de memoria. ¿Qué capítulo quieres que te diga?”*, eso no sirve, sino con el deseo de que la lectura se vuelva en nosotros amor y vida.

El alma tanto debe mirar a Jesús y estar fija en El que lo atraiga todo en sí misma, pero para hallar a Jesús es necesario acudir a su Madre. El Señor nos dice: *“¡Búscame en mi Mamá; ve donde Ella y no te equivocarás!”*. Ese es el camino recto, segurísimo, para no caer en un engaño creyendo haber hallado al verdadero Jesús, mientras que se encuentra sólo a sí mismo: ¡disfrazado de Jesús, pero es el propio “ego”!

En efecto, la Stma. Virgen le dice a Luisa: *“Hija mía, ven conmigo y hallarás el Camino y a Jesús. Es más, quiero enseñarte el secreto para poder estar siempre con Jesús y vivir siempre contenta y feliz aun en este mundo; es decir, fija en tu mente que sólo tú y Jesús estáis en el mundo y nadie más a quien debas contentar, complacer y amar, y sólo de El esperar ser amada y contentada en todo!”* (Vol. 4º, 21.8.1901).

Sólo a Dios debemos amar con el 100% de nuestra capacidad de amor, porque si no, sale y se nos escapa nuestro “yo”, que es lo que crea confusión,

obstáculo, amargura e infelicidad.

Así pues la Stma. Virgen nos enseña este secreto: *“Vive como si nadie más existiera en el mundo, si no sólo tú y Jesús; y a El sólo debes tratar de contentar, de agradarle y no hacer caso a nada más”*.

Eso no significa que debemos ignorar o tratar mal a los demás. Significa que es Jesús a quien vamos a encontrar, es Jesús el que nos está esperando en esa persona, en esa criatura, es Jesús al que debemos servir en la otra persona, es Jesús a quien debemos accontentar. Y El te dice: *“Acontentame por medio de estas criaturas mías. ¡Lo que les haces a ellas, me lo has hecho a Mí!”* Por tanto, no separemos nunca la criatura del Creador.

Debemos ser espejos de Dios y ser espejos los unos para los otros. ¿Qué ha de ver el otro en mí? ¡Ha de ver a Jesús! *“¡Señor, que quien me mire te vea, que quien me escuche te oiga, que quien busque te encuentre!”* ¿Qué debo ver yo en el otro? He de ver a Jesús, como El ha dicho: *“El que me ve a Mí, ve al Padre”*.

Así que el mismo Jesús es espejo: su Stma. Humanidad es espejo de su Divinidad. Se dice que debemos ver a Cristo en el hermano, pero yo digo: Empecemos por una cosa aún más interesante: hagamos de forma que el hermano pueda ver a Jesús en tí. ¡Eso sí que es aún más interesante!

Y nuestra Madre sigue diciendo en el texto citado: *“Estando tú y Jesús de esta manera, ya no te hará impresión si te ves rodeada de desprecios o de alabanzas, por familiares o extraños, por amigos o enemigos. Sólo Jesús será todo tu contento y sólo Jesús te bastará por todo y por todos. Hija mía, mientras todo lo que existe acá abajo no desaparezca del todo para el alma, no se podrá hallar verdadero y perpetuo contento”*. Esta es la indicación que nos da nuestra Madre. Si miramos el sol quedamos deslumbrados y cuando miramos a nuestro alrededor y a nosotros mismos no vemos más que luz. ¡Así ha de ser contemplando a nuestro Sol, Jesús!

“Se necesita decisión, fidelidad y suma atención para realizar lo que Dios obra en el alma”. (Vol. 6º, 6.6.1904).

Enfín, esta atención continua es un verdadero martirio, el martirio y el esfuerzo de la atención para no robarle nada a Jesús (ningún momento y ninguna cosa) por dar satisfacción al propio ‘yo’, sino dar satisfacción sólo a El, porque el que le ha dado la propia voluntad al Señor debe darle siempre la libertad de poder hacer lo que El quiera.

Por eso Jesús dice: *“Hija mía, cuando un alma me ha dado su voluntad, ya no es dueña de hacer lo que le guste, si no no sería verdadera donación; mientras que la verdadera donación es tener sacrificada continuamente la propia voluntad por Aquel a quien ya le ha sido dada y eso es un martirio de atención continua que el alma ofrece a Dios”*. (Vol. 6º, 13.9.1904).

Lo cual refleja lo que dice San Pablo: *“Ya sea que comáis o que bebáis, hacedlo todo para gloria de Dios”*. Por lo tanto no quiere decir que no comamos o no bebamos, sino que significa: ¿por qué lo haces? Es más, ¿por quién lo haces? Si lo haces por tí, has perdido! ¡Házlo por el Señor! Y si lo haces por El, se lo haces a El, más aún, lo haces porque El se complace de hacerlo por medio tuyo y en eso El quiere ser glorificado.

Hay que hacer todas las cosas con la intención de tomar de Jesús la vida de cada acto; además de **la atención**, poner también **la intención** de tomar, de recibir de Jesús la vida de cada acto que hagamos y de hacer todo en su Humanidad, siendo para El como un velo que lo cubre.

Por eso El dice: *“Hija mía querida, ¿ves qué estrecha unión tengo contigo? Así te quiero a tí, toda unida, estrechada a Mí. Y eso no creas que lo debes hacer sólo cuando sufres o cuando rezas, sino siempre, siempre. Si te mueves, si respiras, si trabajas, si comes, si duermes, todo, todo, como si tú lo hicieras en mi Humanidad de Mí saliera tu obrar, de modo que tú no deberías ser más que la corteza, el envoltorio externo y, quitando la corteza de tu obra, se debería encontrar el fruto de la obra divina. Y eso debes hacerlo para bien de toda la humanidad, de forma que mi Humanidad debe estar como viviente en medio de las gentes, porque haciendo tú todo, hasta las acciones más indiferentes, con esa intención de recibir de Mí la vida, tu acción adquiere el mérito de mi Humanidad, ya que, siendo Yo Hombre y Dios, en mi respiro contenía los respiros, los movimientos, las acciones, los pensamientos de todos; todo lo contenía en Mí, por lo tanto los santificaba, los divinizaba, los reparaba. Así, haciendo todo en acto de recibir de Mí tu obrar, también tú abrazarás, contendrás en tí a todas las criaturas y tu obrar se difundirá para bien de todos, así que si los demás no me darán nada, Yo tomaré todo de tí”*. (Vol. 7º, 28.11.1906)

Por tanto, ¿qué nos está diciendo el Señor? *“Toma de Mí cada cosa que haces, o sea, llamame a que haga Yo en tí lo que debes hacer. Toma tus pensamientos de mi mente, etc...”*

¿Y cómo se toman? Con la confianza, la sencillez, la fe viva. *“Señor, tú me das todo y, haciendome ser dueño de todo lo que te pertenece, tomo en mi mente tus pensamientos, lo que digo lo tomo de tus palabras, de lo que Tu dices; tomo tu obrar en mis manos”*.

“El velo que cubre, la corteza –dice Jesús– será tu pequeña acción”. Como, por ejemplo, lavar los platos (una cosa banal): bajo el envoltorio, bajo el velo, bajo los accidentes sacramentales (podríamos decir) de ese acto está la sustancia del Acto divino, del Acto de Jesús que contiene todos los actos de las criaturas, que ama por todos, que repara por todos, que santifica a todos, que glorifica al Padre por todos.

Vemos per tanto que nuestras pequeñas acciones, insignificantes de por sí, son ocasiones extraordinarias de hacer comunión con el Señor. Nuestras pequeñas acciones corrientes, como el escribir o el leer, hechas de esa forma, tomando la vida de esa acción de la vida de Jesús, resultan ser como otras tantas hostias sacramentales que la Divina Voluntad consagra.

En la Hostia consagrada la sustancia es Jesucristo, mientras que antes de ser consagrada era pan: después deja de ser pan, es Jesús vivo y realmente presente, pero los accidenti no cambian. No cambia de color o aumenta de tamaño o bien tiene otro sabor: ¡sigue así! Lo mismo pasa con nuestros actos, nuestras acciones, nuestros momentos de existencia vivificados por la Voluntad Divina, es decir, los momentos en que tenemos la intención de llamar a Jesús como protagonista, de llamar a la Voluntad Divina como vida de ese acto que exteriormente no cambia.

La Voluntad del Señor se disfraza de una puesta de sol bellísima, de pajarito que canta en una rama, de sabor en un fruto, de tempestad, trueno y relámpago, de persona que vemos, de perrito que mueve la cola por estar contento; se esconde bajo el aspecto de tantas cosas. Pues bien, se oculta también en todos nuestros pequeños actos si se lo concedemos, pero dentro se hace presente El mismo.

Jesús nos dice que para recibir el Don hace falta darse a El y en todo hacer su Querer mediante **la intención y la atención**. A quien todo da, todo se le da. Y en el Vol. 11° (4.7.1912) le dice a Luisa: *“Hija mía, ¿qué hay, quieres perder el tiempo? ¿Quieres salir de tu nada? Ponte en tu puesto, en tu nada, para que el Todo pueda tener su puesto en tí. Pero debes saber que debes morir del todo en mi Voluntad, al padecer, a las virtudes, a todo. No te debe importar ya si sufres o no sufres, si tienes virtudes o no las tienes. No te debe importar nada”*.

¿Por qué dice eso Jesús? Porque Luisa estaba turbada. Ella había vivido tantos años como víctima, acompañando al Señor en su obra de Redentor, sufriendo ella como otra humanidad de Jesús en favor de los pecadores, para detener la Justicia Divina y obtener gracias de conversión para los pecadores, etc., y de pronto ve que el Señor ya no le concede poder ayudarlo así. Por eso estaba toda acongojada, ansiosa, deseando que el Señor se lo concediera, porque se sentía inútil, como descartada por Dios, como si el Señor ya no la quisiera. *“¿Por qué el Señor no me concede lo que siempre me ha concedido, siendo mi misión?”* decía. Por eso el Señor le dice que en la Divina Voluntad el alma debe morir a todo, como en una tumba cerrada por el amor, para resucitar a Vida Divina.

En otras palabras: *“Mi Querer ha de ser la tumba del alma y como en la tumba la naturaleza se consume hasta desaparecer del todo y después de la*

misma consumación resucitará a vita nueva y más bella, así tu alma, sepultada en mi Voluntad como en una tumba, morirá al padecer (o sea, no existirá ya, por lo que se refiere al padecer, ya no le importará nada), a sus virtudes, a sus bienes espirituales, y resucitará en todo a la Vida Divina”. (Vol. 11º, 4.7.1912)

Este es siempre el punto, el Señor dice: *“Si me das todo, Yo te doy todo. Te doy mi cheque en blanco firmado, si tú me das tu pequeño cheque en blanco, por tí firmado. Si me lo das, Yo seré dueño de todo, pero tú también serás dueño de todo lo que Yo soy, de lo que es mío”.*

Imagino que voy pedaleando con mi vieja bicicleta y que Jesús pasa con su “Ferrari”, un bólido estupendo, y me dice gentilmente: *“Ven y sígueme”*, y yo le digo: *“¡Estás bromeando, Señor! ¿Cómo puedo yo seguirte?”*

“¡Es muy fácil! No te digo que hagamos una carrera entre tu bicicleta y mi Ferrari porque sería ridículo, no cabría ni siquiera empezar, sino que la cosa es mucho más sencilla: si tú me das tu bicicleta Yo te doy mi Ferrari”.

“¿Te estás burlando de mí, Señor?”

“No, Yo no me burlo de nadie. Yo no sé engañar. ¡Si Yo hablo, hablo en serio! ¡O me crees o no me crees!”

“¿Pero Tú qué ganas con eso, Señor?”

“¿Que qué gano? ¡Me gano un amigo; me gano otro Jesús, nada menos! Por lo tanto, ¿te decides? ¿Mi crees? ¿Quieres mi Ferrari? Olvidate de tu bicicleta. ¿Quieres mi Ferrari?”

“Bueno, Señor, es magnífico, pero...”

“Ningún pero... Mete tua bicicleta en el portaequipajes, si no Yo no habría pasado por aquí; habría ido por otras carreteras. Pues bien, mete tu bicicleta en el coche y súbete. Desde este momento sabe que la bicicleta, aun siendo tuya, es también mía y de ella dispongo Yo; y mi Ferrari, aun siendo mío, y siempre será mío, es también tuyo. ¡Ves qué comunión!”

“Señor, está bien, es un coche magnífico, pero yo no sé manejar o conducir, no sé hacer nada”

*“No te preocupes. Pon atención a como manejo Yo, porque cuando veré que has aprendido bastante, haré que tú manejes. Y por tanto sólo así serás dueño **de hecho**; porque ahora es tuyo, sí, porque Yo te lo doy y tú dices que sí, pero de hecho no sabes qué hacer de este bólido del cual tú aún no sabes nada. **Cuando lo conocerás lo suficiente, en esa misma medida serás dueño de hecho y no sólo teóricamente”.***

Y El dice: *“en conclusión, todo lo que de esta lectura debes sacar para tu vida es: **Señor, dame tu Voluntad, que yo te doy la mía”.***

Sí, todo está en estas pocas palabras: *“¡Héme aquí, **HÁGASE EN MI según tu palabra!**”*, lo mismo que la Stma. Virgen respondió al anuncio del

Angel, y en aquel momento, con esas palabras, el Hijo de Dios se encarnó en Ella. Si de verdad lo decimos, esa Palabra del Señor se encarna en nosotros, prende posesión de nuestra vida, empieza a ser vida de nuestra vida y, mientras le damos vida en nosotros, ella nos da vida en Sí.

¡Ella nos da vida! Todo es recíproco. Jesús nos ofrece este modo práctico y real de morir a nosotros mismos, de consumir nuestro ser humano en el Ser Divino. *“Hija mía, Yo quiero la verdadera consumación en tí, no fantástica, no imaginaria, sino verdadera, de una forma simple y realizable. Supon que te viene un pensamiento que no es para Mí, tú debes destruirlo y sustituirlo con un pensamiento divino; así habrás hecho la consumación del pensamiento humano y habrás adquirido la vida del pensamiento divino. O si los ojos quieren mirar una cosa que me disgusta o que no se refiere a Mí y el alma se mortifica, ha consumado el ojo humano y ha adquirido el ojo de la vida divina, y así todo lo demás de tu ser”* (Vol. 11º, 21.5.1913).

Es decir, que nos vienen tantos pensamientos, pero apenas nos damos cuenta, tan pronto somos conscientes, en ese momento debemos decirle: *“Señor, este pensamiento ¿qué tiene que ver contigo? Yo quiero ocuparme de Tí, de tus cosas, como Tú te has ocupado de las cosas del Padre”*.

Por ejemplo, si piensas en tus deudas... o que debes pagar esto o lo otro..., entonces debes decirle: *“Este pensamiento, Señor, que de por sí no tiene que ver contigo, quiero que sea tuyo; por lo tanto, Señor, ahora paga Tú”*, supongamos.

Ya ven, antes somos nosotros lo que manejamos nuestro coche y el Señor nos pide que le llevemos, y así decimos: *“Bueno: ven, Jesús, a pensar en mi mente, ven, Divina Voluntad, a mirar en mis ojos, a palpitar en mi corazón, etc. etc.”* De ese modo Jesús viene con nosotros. Y llegamos al semáforo y quisieramos saltarlo, y El dice: *“No, si tú quieres saltarlo, Yo me bajo. Yo no hago que mi Padre reciba una multa; no quiero darle ningún dolor. ¡Si tú quieres hacerlo, te vas tú solo!”*

Por tanto, así dice el Señor: *“El alma se mortifica de este modo: ha consumado la mirada humana y ha adquirido la mirada de la vida divina, y así lo demás de tu ser. Oh, cómo estas nuevas vidas divinas me las siento correr en Mí (como sangre en las venas) y toman parte en todo mi obrar”* (Vol. 11º, 21.5.1913).

Por eso quien ama de verdad a Jesús y en todo hace suyo su Querer forma con El un solo palpar. Para eso se requiere un despojo perfecto, y Jesús dice *“debe ser más vida de Cielo que de tierra, más Vida Divina que humana”*. Ese despojo del alma, estar convencida de ser nada, de su nulidad, le permiten a Jesús obrar en ella.

“Para vivir en el Divino Querer –dice Jesús– quiero el ‘sí’ de la criatura, que se preste como cera blanda a lo que quiero hacer de ella” (Vol. 12°, 6.3.1919), o sea, no ponerle a Jesús ningún pero..., ninguna condición. Sin embargo Jesús dice: “Pocos son los que se disponen a eso, porque hasta en la misma santidad las almas quieren alguna cosa para su propio bien, mientras que la santidad de vivir en mi Querer no tiene nada de propio, sino todo de Dios; no quiere nada para sí, sino todo para Dios, y disponerse a eso las almas, despojarse de los propios bienes (también espirituales), cuesta demasiado; por eso no serán muchas. Pero tú no eres del número de los muchos, sino de los pocos” (Vol. 12°, 15.4.1919). Y dice: “Si leen estas verdades y no están dispuestos, no entenderán nada, quedarán confundidos y deslumbrados por la luz de mis verdades” (Vol. 13°, 23.10.1921).

De ahí que un exámen de conciencia muy significativo, no es examinar-nos sobre los diez mandamientos, sino simplemente este: *“Señor, Tú me has dado todo, todo lo que soy, lo que tengo y lo que hago; todo viene de Tí porque yo soy nada. Me has dado tanto y todo por amor. Si Tú me pidieras alguna cosa, ¿te la negaría? ¿Hay algo que no te daría, si me la pidieras? Señor, no te fijes en esa cosa, pasa de largo... Pues sí, Te doy todo, pero esa cierta cosa mejor no”.*

O, casi casi, como decía San Agustín antes de su conversión: *“¡Señor, dame la castidad, pero no enseguida!”* Digamos que todavía se había quedado enganchado en eso con los tirantes.

Nosotros a veces hacemos así, basta un pequeño apego. *“Señor, ¿qué podrías pedirme?”* Entonces, dentro de mí, en mi estado de ánimo, en mi mente y en mi decisión debo enfocar en ese momento de qué se trata y decir: *“¡Jesús, confío en Tí! Si Tú me pidieras esa cosa que mi da tanto temor o que me causa tanto fastidio, tanta repugnancia que me sentiría morir, si es que Tú me la pidieras, ¿tendría el valor, la desvergüenza de decirte no? Señor, estoy seguro de que en tal caso y en ese momento me ayudarías, me darías la gracia suficiente, abundante, para decir “¡hágase en mí, **Fiat!**” Y si tuviera que someterme por ejemplo a una operación quirúrgica o a una prueba dolorosa, física o moral, Tú en ese momento me darías también tu anestesia”.*

Porque San Pablo dice (¡y es Palabra de Dios!): *“No permitirá Dios que seáis tentados por encima de vuestras fuerzas, sino que con la tentación, os dará la gracia de poder superarla” (1ª Cor 10,13).*

Para entrar en el Divino Querer basta quitar el obstáculo, la voluntad humana, basta quererlo y se realiza. O crees, o no crees. Y dice Jesús:

“Hija mía, para entrar en mi Querer no hay caminos, ni puertas, ni llaves, porque mi Querer está en todo, corre bajo los pies, a derecha e

*izquierda, sobre la cabeza y todas partes (se encuentra en cada cosa). La criatura no debe hacer más que quitar la piedrecilla de su voluntad, que a pesar de que está en mi Querer, no toma parte ni disfruta de sus efectos, haciéndose como extraña en mi Querer, porque la piedrecilla de su voluntad le impide como al agua que corra de su cauce para correr afuera, porque las piedras se lo impiden. Pero si el alma quita esa herrumbre que ha puesto, quita la piedrecilla de su voluntad, en ese mismo instante ella corre en Mí y Yo en ella; encuentra todos mis bienes a su disposición, fuerza, luz, ayuda, ¡lo que quiera! Por eso no hay caminos, ni puertas, ni llaves; **basta quererlo y ya está hecho. Mi Querer se encarga de todo y de darle lo que le falta y le hace volar en los confines interminables de mi Voluntad.** Todo lo contrario es con las otras virtudes: ¡cuántos esfuerzos hacen falta, cuántas luchas, cuántos largos caminos! Y mientras parece que la virtud le sonría, basta una pasión un poco violenta, una tentación, un encuentro inesperado, que la echan atrás y le hacen que tenga que emprender desde el principio el camino” (Vol. 12°, 16.2.1921)*

El despojo del alma y la convicción de nuestra nada dejan que Jesús obre en nosotros. Y Luisa escribe (Vol. 12°, 14.6.1917):

“Continuando mi habitual estado, estaba pidiéndole a mi amado Jesús que viniera a amar, a orar, a reparar en mí, porque yo no sabía hacer nada. Y el dulce Jesús, compadeciendo mi nulidad, ha venido deteniéndose a orar conmigo, amando y reparando junto conmigo; y luego me ha dicho:

“Hija mía, cuanto más se despoja de sí el alma, tanto más la visto de Mí; cuanto más cree que no puede hacer nada, tanto más actúo Yo en ella y hago todo. Siento que la criatura pone en acto todo mi Amor, mis plegarias, mis reparaciones, etc.; y para honrarme a Mí mismo, siento lo que quiere hacer: ¿amar? Voy a ella y amo con ella. ¿Quiere rezar? Rezo con ella. Es decir, su despojo y su amor, que es mío, me atan y me obligan a hacer con ella lo que quiere hacer, y Yo le doy al alma el mérito de mi Amor, de mis plegarias y reparaciones. Con sumo contento mío siento que se repite mi Vida y hago que descendan para bien de todos los efectos de mi obrar, porque no es de la criatura, que está escondida en Mí, sino mío”.

El Señor explica las condiciones y los pasos que hacen falta para vivir en el Divino Querer (Vol. 12°, 6.3.1919): *“Hija mía, todo lo que es imposible a la criatura es posible a Mí. Es verdad que es el prodigio más grande de mi omnipotencia y de mi amor, pero cuando quiero, todo puedo, y lo que parece difícil, para Mí es facilísimo. Sin embargo quiero el sí de la criatura y como una cera blanda dejarme que haga lo que Yo quiera hacer de ella. Es más, debes saber que antes de llamarla a que viva del todo en mi Querer la llamo de vez en cuando, la despojo de todo, le hago pasar una especie de juicio (de*

exámen), porque en mi Querer no hay juicios, todas las cosas quedan conformes conmigo, el juicio es fuera de mi Voluntad, pero de todo lo que entra en mi Querer ¿quién se atreverá a hacer un juicio? Y Yo nunca me juzgo a Mí mismo. No sólo eso, sino que varias veces la hago morir, incluso corporalmente, y luego de nuevo la pongo en vida y el alma vive como si no viviera; su corazón está en el Cielo y vivir es su mayor martirio. ¿Cuántas veces no lo he hecho contigo? Todo esto son preparativos para disponer al alma a que viva en mi Querer. Y luego las cadenas (series) de mis gracias, de mis visitas repetidas: ¿cuántas non te he hecho? Todo era para prepararte a la altura de vivir en el mar inmenso de mi Voluntad. Por eso, no quieras indagar, sino sigue tu vuelo”.

“Mi Resurrección es símbolo de las almas que formarán la santidad en mi Querer. Los santos de estos siglos pasados son representados por mi Humanidad, los cuales, si bien resignados, no han tenido el acto continuo en mi Querer, por lo tanto no han recibido la huella del sol de mi Resurrección, sino la huella de las obras de mi Humanidad antes de la Resurrección. Por eso serán muchos: casi como estrellas formarán un hermoso ornamento al cielo de mi Humanidad. Pero los santos del vivir en mi Querer, que representarán mi Humanidad resucitada, serán pocos. De hecho, mi Humanidad, antes de morir, la vieron muchos, multitudes y gentes, pero mi Humanidad resucitada la vieron pocos, sólo los creyentes, los más dispuestos y, podría decir, sólo los que tenían el germen de mi Querer, que si no lo hubieran tenido, les habría faltado la vista necesaria para poder ver mi Humanidad gloriosa y resucitada y así ser espectadores de mi Ascensión al Cielo.¹ Pues bien, si mi Resurrección representa a los santos del vivir en mi Querer —y eso con razón, porque cada acto, palabra, paso, etc. hecho en mi Querer es una resurrección divina que recibe el alma, es una señal de gloria que se le da, es un salir de ella para entrar en la Divinidad, y el alma, escondiéndose en el fúlgido sol de mi Querer, ama, obra, piensa—, ¿qué de extraño tiene que el alma quede toda resucitada e identificada en el mismo sol de mi Gloria y represente mi Humanidad resucitada? Pero pocos son los que se disponen a eso, porque las almas en la misma santidad quieren alguna cosa para su propio bien, mientras que la santidad del vivir en mi Querer no tiene nada de propio, sino todo de Dios. Y para disponerse las almas a eso, desprenderse de los propios bienes, demasiado se requiere; por eso no serán muchos. Tú no eres del número de los muchos, sino de los pocos; por eso sé siempre atenta a la llamada y a tu vuelo continuo”. (Vol. 12º, 15.4.1919)

1 - Por tanto sólo los que tienen “el germen de su Querer” verán su Venida gloriosa.

Otros textos que iluminan el tema de cómo recibir el Don de Dios:

Quien trata de unir su vida a la Vida de Jesús, desarrolla el injerto de la Humanidad a la Divinidad, que hizo Jesús al encarnarse. (Vol. 5°, 2.10.1903)

Todo consiste en *darse* a Jesús y *hacer* en todo su Querer. (Vol. 11°, 20.3.1912)

Quien ama de verdad a Jesús y en todo hace su Querer forma con El un solo palpitar: pero para eso se requiere un desprendimiento perfecto. *“Debe ser más vida de Cielo que de tierra, más Divina que humana”* (Vol. 11°, 1.4.1916)

“Siendo que nuestra Voluntad tiene infinitos modos, con tal de que encuentre un alma que se disponga a hacer que nuestro Querer actúe, enseguida se rehace del fracaso de todas las otras voluntades humanas” (Vol. 13°, 27.12.1921)

El alma debe abrir las puertas y disponerse a conocer las verdades de la Divina Voluntad: *“La primera es querer vivir de mi Querer, la segunda es querer conocerlo, la tercera es apreciarlo”*. (Vol. 13°, 25.1.1922) (*“Abríos, puertas eternas, que entre el Rey de la Gloria”*)

“En mi Querer no puedes dejar de hacer lo que hago Yo. Es algo connatural, y eso es precisamente la Santidad en mi Querer: no hacer nada de propio, sino hacer lo que hace Dios... Así mi Voluntad y la tuya son como dos aguas mezcladas juntas, que lo que hace una lo debe hacer la otra” (Vol. 14°, 12.5.1922)

“El que no se vacía del todo de su querer, no puede tener un conocimiento cierto del Mío, porque el querer humano forma la nube entre el Mío y el suyo e impide conocer el valor y los efectos que el Mío contiene” (Vol. 14°, 23.6.1922)

“Basta que lo quieran y que dejen a un lado el querer humano, y el Querer Divino se hará respirar por el alma y le dará la vida, los efectos, el valor de la Vida de mi Querer. Pero si no se le conoce, ¿cómo podrán amar y querer un vivir tan santo?” (Vol. 14°, 16.7.1922)



